

## Tabla de mareas

**E**l 10 de noviembre del **2014** llegamos a Paildad, un caserío engañoso de Chiloé. La imponente torre de la iglesia que se anunciaba desde el camino era una de las pocas construcciones del lugar junto a una escuela primaria y un cementerio coloreado por flores plásticas y cintos decorativos, pero no había ninguna casa.

La travesía era en lo que llaman el Chiloé profundo, o sea, en el territorio interior de la isla que en teoría está lejos del progreso y del turismo. Solo en teoría, porque a unos cien metros de Paildad se yerguía un moderno *lodge*, que tenía salida directa al estero. Además, el camino de ripio, que superaba los 40 kilómetros y nos permitía ir desde Chonchi a Paildad, era el eje motor de una masiva proliferación de parcelas de agrado y salmoneras. Por último, ocurrió un hecho demasiado curioso para un lugar tan minúsculo y remoto como este: nos encontramos con un viejo conocido, Jaime Márquez, exprofesor de Física que decidió vivir aquí escapando de la ciudad. Pero, ¿estábamos realmente en Chiloé profundo?

A pesar de estas conexiones, en Paildad estuvimos casi solos, no vimos turistas ni recintos industriales, ni el famoso camino. Nadie vive allí. Las pocas personas que llegaban a diario al caserío desde distintos puntos del fiordo lo hacían en botes, que a primera hora de la mañana atracaban provistos de un puñado de niños que iban a la escuela y al mediodía, y en un segundo turno, transportaban señoras que se reunían en la sede social o iban a misa. Los chilotes nos decían que los niños que asistían a la escuelita eran quince, pero no pudimos contar más de diez. Es probable que esos cuerpos pequeños se perdieran en la masa que éramos nosotros, los extranjeros: sobre cien personas

entre estudiantes y profesores de Arquitectura y Diseño. Seguro ellos sí nos vieron.

En la orilla del fiordo todo tenía que ver con el barro: los botes, las vacas, hasta nosotros estábamos empantanados. ¿Por qué? ¡La marea! Para un visitante la marea de la que hablan es algo complicado de calcular y más aún de entender.

El último día, en esa orilla y junto a la comunidad, nos contaban que la noche anterior esa marea se había llevado a uno de ellos. Así la celebración en torno al fuego, el curanto y la obra que habíamos realizado como grupo de travesía, fue también una despedida al difunto.

Álvaro Mercado Jara